JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 26 Dic. 1931



☆ ★ ☆ Ilustró PREMIANI ★ ☆ ★

EL tiempo es un veneno tardío pero seguro. Es fino como una daga y paciente como un roedor. Todas hieren; la última mata, decían los antiguos, refiriéndose a las horas. Si hemos de hablar de frente en este mundo donde tanta gente anda de perfil, habrá que decir que lo único real que el hombre posee en la vida es el tiempo. Veamos sino en los momentos graves, cómo nos quedamos sin nada entre las manos. Entonces advertimos que el rencor, el odio, la traición muestra su escondida garra en esos momentos que la cobardía adjetiva de oportunos. Pero el tiempo es el mejor aliado de la justicia. Se acerca la hora, dice el cántico sagrado. Cantad y bendecid que lo que esperábamos está cercano. ¡Año Nuevo! Campanas tañedoras de la medianoche que inundan el silencio llorado de estrellas; sirenas aturdidoras de los lentos transatlánticos, seres antediluvianos de los métodos de traslación; tiros al aire para asustar la niñez del año que viene. Año Nuevo, vida nueva; cantemos y bebamos que el tiempo se ha remozado.

Y para que sea más criolla el alma de esta palabras desperdigadas, veamos cómo Martín Fierro puede payar mano a mano acerca del tiempo con Einstein y Aristóteles. El genio de la relatividad ha dicho: "El tiempo es función del movimiento". Y el mundo se quedó boquiabierto ante esta verdad clara como el día y profunda como la noche. Pero ya antes el griego dijo que "el tiempo era la imagen móvil de la eternidad". Postulado más poético en que la palabra eternidad comunica un estremecimiento de más allá. Pero mirad si no es lindo lo que el gaucho dice a su turno, sin academias y sin fórmulas algebraicas: "el tiempo es la tardanza de lo que está por venir". Cualquier palabra que añadiéramos nosotros sería como una lámpara encendida en pleno mediodía.

El mundo se ha vestido de fiesta para recibir el tiempo nuevo. Nosotros lo veremos llegar con la tranquilidad de quien tiene mucho que hacer. Larga y penosa fué la tarea del tiempo que se fué; tesonera e intensa habrá de ser la del que viene. En la rogativa intensa de felicidad que es el mundo entero en esta noche, en que la cristalina voz del niño se une a la temblorosa del anciano, digamos nosotros nuestra palabra apasionada, llena del cálido fervor de lo bueno y de lo bello. Y mientras la ciudad es una gloriosa batahola de gritos, seamos nosotros el atento centinela que atalaya en silencio el deber del mañana. Año Nuevo. El aire está lleno de cánticos. El tiempo se ha remozado.

TRAGICO Y HONDO ES EL FESTEJO DE SAN ESTEBAN

Ilustró NIAHCER

Por Carlos Abregú Virreyra

Hoy, 26 de diciembre, los indios de Sumamao, población santiagueña que entrará en breve a la civilización por la línea férrea de Villa del Rosario a Forres, celebran una de sus más curiosas ceremonias, repetida todos los años con igual éxito, desde tiempo inmemorial hasta nuestros días, no obstante el empeño de las autoridades policiales por evitarla.

Sumamao es una población de 450 habitantes, situada a cuatro leguas de la Estación Simbol, de la línea del F. C. C. de Córdoba, a la margen izquierda del río Dulce, sobre terrenos fértiles y pintorescos y sin otra vida que la apacible y cordial de sus pobladores.

ANTECEDENTES

Cuando los Lules franquearon el Salado hasta el límite de las invaciones Diaguitas, los Tonocotés huyeron en todas direcciones y se refugiaron a la margen del río Dulce. Juan García de Aladen y Nicolás de Heredia, soldados de Rojas, los encontraron ahí, reunidos en pequeños grupos, sometiéndolos con la ayuda de don Diego, que pereció atravesado por una flecha envenenada.

Sometidos a la dominación española, no tardaron en hacer conocer sus costumbres, sus creencias religiosas y hasta los sitios más hermosos de la región. Uno de éstos fué Sumamao, nombre que empieza a figurar en los documentos oficiales desde 1737, en que por acta del Cabildo de Santiago, Núñez del Prado manda levantar un altar en dicho paraje. Este solo dato confirma la tesis de que el quichua fué introducido a Santiago del Estero por los españoles, pues no cabe duda que su nombre es un derivado directo de Sumajman (lugar lindo) o de Sumajmayo (río lindo).

Los que todavía creen que Santiago del Estero, sobre todo, perteneció al imperio incaico, no están acertados. La lengua aborigen predominante en aquella región, fué diaguita y tonocoté y no quichua, la cual, por otra parte, sólo era hablada, como se recordará, por los incas y nunca por el pueblo del imperio.

Todos los historiadores coinciden, sin embargo, en que los indios de esa región adoraban al sol y rendían culto a los árboles, que adornaban con plumas. Tenían sacerdotes a quienes dispensaban grandes favores y los cuales dirigían el ritual religioso en medio de orgías que duraban varios días, haciéndose sacrificios en honor al sol e implorando la fertilidad de los campos.

El coloniaje aprovechó, indudablemente, estas costumbres para someter a los indios en forma pacífica, pues de otra manera sería difícil y aventurado interpretar el origen de la fiesta de San Esteban, verdadera orgía que en estos momentos congrega en torno al rancho del santo a un crecido número de indios que cantan, bailan y beben celebrando, en pleno siglo XX, en confusión de ritos paganos y cristianos, el aniversario del mártir cuyo nombre es acaso para ellos, el símbolo del Sol que adoraban sus antecesores.

LA CASA DE S. ESTEBAN

Dos días antes de la fiesta, la imagen de San Esteban es conducida desde Maco, población vecina a la ciudad capital de la provincia, a la de Santa María, donde es velada toda la noche.

A la madrugada de la víspera es trasladado a la iglesia de Silípica y desde ahí, tras un descanso de pocas horas, llevado a "la casa del Santo", en Sumamao, a la cual penetra en medio de un clamoreo triunfal, rompiendo el baile, que se inicia casi simultáneamente, al son del violín, el bombo y el acordeón legendarios.

Es conocido por Casa de San Esteban un rancho abandonado durante todo el año y frecuentado únicamente cuando la imagen llegar al lugar.

Desde que el santo es sacado del altar, cuatro hombres le siguen detrás soplando unos instrumentos musicales semejantes al *erke*, denominados *trompetas*.

La trompeta es una caña hueca, de tres metros de largo más o menos, que remata en un cuerno de buey adornado con borlas de lana de diferentes colores. Mientras unos tocan las trompetas, otros acompañan la música con bombo o queman *estruendos* (cohetes) en homenaje a San Esteban.

EL SINDICO

El talento jesuítico, que aprovechó el misticismo indígena, encontró también un recurso admirable para someter a los sacerdotes o caciques indios que se resistían. Les designaron "síndicos" o más bien dicho, *sindicos*, sin acento gramatical, que vienen a ser algo así como presidentes de una cofradía, función que abrazan con una inocencia maravillosa y ejemplar.

El síndico es el encargado de custodiar y guardar al santo durante todo el año. Es también el que lo conduce a la Casa de San Esteban y el que dirige los homenajes. Cuando la fiesta termina, todos los indios se acercan a él y luego de saludarlo, le obsequian con una *masahuahua* (criatura de masa) fabricada expresamente para él.

Aquí también los jesuitas inculcaron en los indígenas el régimen de los colegios del Plata y Real de San Carlos. Se conoce con el nombre de "alferes" a cierto número de promesantes que desempeña funciones especiales. Cada uno de estos "alferes", vestido con chaqueta roja y azul, lleva en la mano derecha un estandarte rojo, que en el tiempo del coloniaje pudo haber sido palio, usado aun en las procesiones religiosas.

Tienen por misión la de guiar los juegos e iniciar las ceremonias, como se verá más adelante.

Como dejamos dicho, todos los historiadores coinciden en que los indios de la margen del río Dulce adoraban el sol y los árboles. Los jesuitas, siguiendo el ejemplo de los misioneros del Perú, transformaron también estos ritos, cambiando las plumas con que adornaban los árboles, por *roscas* y *masahuahuas* las cuales se cuelgan de las ramas de los árboles cortados de exprofeso y colocados frente a la casa de San Esteban, de uno a otro lado del camino principal, haciendo callejón y unidos por las copas con cintas de varios colores.

Se clavan tantos árboles como promesantes tiene ese año el santo, presentando aquéllos un conjunto realmente maravilloso, pues dan la impresión de haber florecido panes riquísimos en forma de ángeles y querubines.

A las diez de la mañana comienza la fiesta con las "vivas" al Santo. Se dá este nombre a la corrida que hacen cuarenta o cincuenta hombres montados a caballo y a todo galope por debajo de los arcos, en el callejón de los árboles, hasta el ramadón del Santo, donde un grupo numeroso de mujeres presencia jubiloso y estimulante el primer homenaje.

Al fondo del callejón los alferes, dirigidos por el síndico, se acercan al rancho, después que los indios han *vivado* al grito de *Pi, pi piu ju ju* tantas veces como arcos y árboles existen.

Es el momento, entonces, en que las mujeres entregan a cada uno de los jinetes una *rosca* o *masahuahua* por cada serie de corridas, que los indios van colocando en sus brazos, a manera de anillos o argollas triunfales, arrojando aquéllas, al mismo tiempo, contra los alferes, una especie de galleta o bizcocho pequeño que tiene el nombre de *hicha* (quichua: derivado de *hichar*, arrojar, tirar hacer kila o quila).

Así, por ejemplo, si son seis los promesantes se levantan 6 arcos de cintas de colores y los jinetes deben correr seis series a razón de seis *vivas* por cada uno. Los alferes avanzan al final de cada serie, conjuntamente con los músicos, que tocan el bombo, el violín y el acordeón.

UNA ESCENA VIVIDA

Esta escena, vivida y admirada por mí en 1922, da una idea exacta de cómo fueron sometidos los indios por los jesuitas con la música y el canto y las grandiosas ceremonias realizadas durante el coloniaje en el Perú y Bolivia.

Terminadas las *vivas*, el síndico, a la voz de *¡aura!* indica que los jinetes puedan apoderarse de las *roscas* y las *masahuahuas*. Es entonces cuando los promesantes trepan a los árboles pujando por arrebatar esos panes, generalmente amasados por las mujeres del pueblo, a fin de conservarlos como reliquias en sus ranchos.

Tanto es el afán de obtener una de aquellas *masahuahuas* que muchas veces los que no pueden escalar los árboles, apelan al recurso de cavar sus bases, derribándolos con todos los indios que se encuentran sobre las ramas, como si fueran una manga de langostas gigantescas, presentando así un espectáculo insólito y conmovedor.

Los jesuitas al estimular la *kila* comprendieron bien que había que atraer a los indios con juegos torpes y entretenidos.

Los alferes son los que costean el gasto de las *roscas*, *masahuahuas* e *hichas*.

LAS CORRIDAS

Terminada la *kila* se baila y se bebe aloja, mientras los indios se alejan montados a caballo y acompañados del síndico, hacia una o dos leguas de distancia para cumplir sus promesas, consistentes en desandar todo ese trayecto a pie, corriendo bajo un sol de 46 grados.

Una vez que llegan al punto de partida, trazan en el suelo una cruz con el dedo y después de levantar los brazos hacia el cielo, se arrodillan y la besan empuñando al mismo tiempo unas ramas verdes y espinudas, con las cuales deberán castigarse las piernas durante la prueba. Algunos llevan en los labios unos gajos de albaca.

El síndico ordena, entonces, la partida, y los indios la inician casi en la misma forma que lo hacen los atletas actuales. Un grupo de hombres montados a caballo, les acompaña haciéndoles sombra con los ponchos, tendidos sobre sus cabezas a manera de quitasol.

Los *trompas*, así llamados a los tocadores de las trompetas, siguen detrás, mezclados entre la muchedumbre, soplando los instrumentos cuyo sonido lúgubre crispa los nervios del que no está acostumbrado, mientras los jinetes beben alcohol y gritan jubilosos.

En el último grupo, más compacto por lo general, llega el síndico.

LA CEREMONIA

Los indios, castigándose brutalmente las piernas, salvan a todo correr las leguas que separan el punto de partida de la casa de San Esteban. A la entrada a la población, la iglesia del pueblo los recibe a toque de campana. Sudorosos, sedientos, extenuados, se dirigen al pesebre de Navidad, donde las mujeres les brindan una copa de aguardiente y otra de agua. De ahí, van a la iglesia, cuyas puertas están abiertas de par en par. Llegan hasta el altar mayor, se arrodillan y después de hacer la señal de la cruz, besan los pies de las imágenes, emprendiendo de nuevo la carrera hacia la casa de San Esteban, situada a unos 50 metros.

Antes de llegar, se arrodillan otra vez y caminan en esa forma hasta donde está el Santo, ante el cual dibujan nuevamente una cruz en el suelo, la besan con hondo fervor cristiano y *toman gracia* pasando por debajo de las andas o literas sostenidas por mujeres durante toda la ceremonia.

El indio, se retira, entonces, para dar lugar al que espera turno y se encamina hacia el sitio donde un hombre lo *recibe* con una navaja afilada, con la cual le hace varios tajos en las piernas a manera de sangría.

Mientras se realiza esta ceremonia conmovedora y salvaje, el baile se suspende ejecutándose únicamente músicas regionales, apropiadas al acto.

Cuando termina la corrida se inicia nuevamente el baile que se prolonga hasta el día siguiente. La alegría remoza el alma purificada ya de los penitentes. Ninguno de éstos se retira a descansar. Al contrario, no pierden una sola pieza y manifiestan tener un sano optimismo.

SU GRAN APOGEO

Esta clase de ceremonias tuvo su apogeo en 1870 bajo el curato del fraile Leodegario María Neirot, desterrado a Sumamao por orden del general Taboada después de haber perdido éste una elección en Atamisqui.

Neirot excomulgaba por herejes a los indios que participaban de la fiesta y nunca como entonces se realizaron mejores *corridas*. Los indios, al entrar a la población, se dirigían a donde estaba el cura Neirot, al que encontraban generalmente en el baile jugando a la taba o departiendo con los paisanos; le besaban la mano y luego de *tomar gracia* se presentaban recién ante la imagen de San Esteban.

El 26 de diciembre de 1922 desfilaron ante mí 30 indios torturados, bajo un sol de 46 grados, a la hora en que el bochorno de la siesta tostaba los rostros e incendiaba los cuerpos.

En los ranchos vecinos y en la casa de San Esteban, se bebía aloja y aguardiente.



Desde que el santo es sacado del altar, cuatro hombres le siguen detrás soplando unos instrumentos musicales — semejantes al erke — llamados trompeta en esa región

☆ ◉ ☆

Y los indios corren leguas y leguas, bajo un sol abrasador, como supremo homenaje al santo. Se golpean los flancos con fuertes varas, para que la sangre siga corriendo. Al llegar junto al lugar, donde está San Esteban, las mujeres premian el esfuerzo de los corredores con sendos vasos de alcohol.

☆ ◉ ☆



LOS ESPIAS Y SABOTEADORES



Los integrantes del Partido de la Industria, que confesaron ser saboteadores y espías en contra de la República Rusa, ingenieros: Ramsin, Kalinnikow, Laritschew, Tscharnowsky, Fedotow, Kuprijanow, Otschkin y Sitnin

Del libro de GABOR

Ilustró NIACHER

SON como las tres de la tarde; la Plaza Roja está toda bruñida por el hielo, delante del mausoleo de Lenín se desliza la eterna cola de visitantes; por la Tverskaia flamean con miradas desdeñosas esos extranjeros que vienen aquí a juzgar el estado de este país por los escaparates de las últimas tiendas particulares que aun sobreviven, confundiendo el binestar de un pueblo con el lujo acariciador de las vitrinas bulevardieras de las ciudades occidentales; cruzan vertiginosos los tranvías con racimos de gente colgando en los estribos; las madres proletarias sacan a sus bebés, envueltos en recias mantas multicolores, a pasear por sobre la delicada nieve del parque Kremlin: en las librerías, que abundan aquí tanto como en nuestros países las tabernas, apiñase la juventud comunista junto a los estantes cargados de obras de ciencia aplicada o aplicable; detrás de grandes vidrieras trabajan las oficinas, teclean las máquinas de escribir, van apilándose montones de papeles; por las calles cruza disparada la gente como lanzaderas de un trabajo a otro. Los altavoces se derraman sin descanso sobre las cabezas. Cocheros de barbas de estopa — estos cocheros que son uno de los últimos reductos del "capitalismo" bajo los Soviets — chasquean la lengua en lo alto de sus trineos al paso que éstos se deslizan elegantemente. Cae la nieve, y la bandera roja que ondea en la alto del silencioso Kremlin tiene una extraña palidez.

Vengo del interior de la ciudad; el frío es intenso; el gorro de piel que he comprado sin el menor contratiempo ni dificultad se yergue inverosímilmente alto sobre mi cabeza de europeo.

En la plaza que domina el edificio de la G. P. U. — una parte de este organismo ha ido a alojarse a los locales de una antigua Compañía de Seguros — se paraliza de pronto la circulación. Acude milicia a caballo y acordonan las calles principales que dan acceso a la Casa de los Sindicatos. Por las calles laterales desembocan formaciones cerradas de obreros y empleados; sobre sus cabezas tremola la bandera de la Revolución, al frente resuenan músicas guerreras con mucho ruido de metal. Tienen todo el aire de tropas de choque; brotan inesperadamente de los patios sombríos, se multiplican desdoblándose, llevan bastones, muchas mujeres de las que van mezcladas con ellos danzan a los sones de la música. La milicia permanece inmóvil como muralla de acero. Las columnas avanzan en medio de un enjambre de gente que las acompaña; de todas partes les hacen señas, y los hombres ríen y se lanzan sobre la milicia dispuestos a morir heroicamente. Pero la milicia retrocede ante las masas y les deja paso. Y hasta les abre calle por en medio de la gente, hasta les vitorea con gran entusiasmo cuando rompen la cadena que se les opone. Pronto resuenan músicas por todas partes, de todos los los patios salen banderas, los "konsomolzes" entonan el himno del ejército rojo, se hace noche, los reflectores hienden el cielo, pero por entre sus rayos sigue cayendo impertérrita, eterna, la nieve.

Cuatrocientas mil almas van formadas allí, pronto son un millón; un millón de habitantes de Moscú desfila hoy por delante de la Casa de los Sindicatos gritando ¡hurra!, tocando músicas, bailando y guardando el paso impecablemente. Y no desfilan en acto de protesta contra Stalin, no desfilan para protestar contra la penuria de su vida, que sería necio pretender negar; tan necio como exagerada; desfilan para demostrarnos que están compenetrados con la vida de su Estado, tal como se está haciendo y fortificando; desfilan y hacen acto de presencia contra la "intervención".

* * *

Ante la sala especial del Tribunal Supremo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se está viendo en estos momentos el proceso contra el profesor Ramsin y sus compañeros. Se les acusa de haber saboteado la marcha económica del país y se les acusa también de espionaje y "alta traición".

La Casa de los Sindicatos en que se celebra la vista es el antiguo Palacio de la Nobleza. Estas salas presenciaron los cotillones de la aristocracia afrancesada; sobre este "parquet" giraba a los acordes de sus valses una clase social que sabía más de París que del pueblo a expensas del cual vivía; estas paredes fueron testigos de fiestas y orgías cuyo esplendor se ha quedado prendido como brillo de estrellas fugaces en el recuerdo de los viejos cocheros que conducen sus trineos por el Moscú de hoy. Han pasado trece años desde la Revolución, y entre estos muros se sientan, en el banquillo de los acusados, los últimos representantes de la burguesía, ante el foro de la nueva clase gobernante, del proletariado.

Por medio de un volante, consigo romper la cadena de la milicia — que, dicho sea de paso, no lleva armas—, unirme a la manifestación y penetrar, por último, en la Casa de los Sindicatos.

En el salón de fiestas, separado del pasillo por grandes y pesados cortinones rojos, se alza un escenario, por el que hace quince años se moverían las damas de la nobleza acompañadas de sus caballeros ejecutando lindas funciones de aficionados, a beneficio tal vez de la Cruz Roja. En el centro de este escenario toman asiento los jueces, en unos sillones monumentales, que por su reciedumbre y aspecto parecen proceder de la época feudal. He aquí cuatro hombres. Dos jueces profesionales y dos obreros. La sala especial de justicia de la Unión Soviética. El tribunal que juzga este proceso tiene casi la misma composición que el que juzgó aquel otro proceso célebre de Schachty, precedente nada remoto del de hoy. Uno de los dos jueces de profesión que lo integran es conocido como alpinista, y ocupa, en sus ratos de ocio, el puesto de redactor-jefe de una revista de alpinismo. También Krylenko, el fiscal, tiene prestigios de montañero; su mesa, la mesa del ministerio público, está tocando a la del tribunal por el lado de la izquierda. El fiscal viste chaqueta verde y tiene las piernas ceñidas por bandas. Su cara es la de un analítico, de un hombre que va a buscar a las murallas alpinas un sedante para la agudeza cortante de sus deducciones, de su dialéctica y, sobre todo, de su consecuencia. Un hombre como éste, que se sienta siempre detrás de la mesa del acusador y jamás ha vivido la tensa emoción de la pieza acosada, tiene por fuerza que necesitar, de vez en cuando, como compensación interior, esos peligros que le brindan en sus excursiones de descanso las rocas del Himalaya.

* * *

A la derecha de los jueces han levantado un cajón hecho de cartón y de madera. Dentro de ese cajón se sientan, visibles hasta la altura del pecho, los acusados. En primer plano, a la derecha, Ramsin; detrás de él, Laritchef... Siete hombres a quienes se acusa del crimen más grave que conoce la República de las Soviets. Sobre esta imagen que tiene algo de las escenas judiciales que aparecen a veces en las funciones de teatro, flotan ocho arañas de cristal. Recuerdo de la época de los cotillones.

El salón tiene un "parquet" bruñido y brillante. Delante del escenario toman asiento los periodistas, esa casta de hombres que no apean el lápiz de la mano; detrás de ellos zumba un aparato tomavistas de cine como gigantesco insecto prehistórico; a su lado, sisean los reflectores "Júpiter"; de vez en cuando, salta un fotógrafo al escenario, tocando casi el banquillo de los acusados y dispara sobre ellos el obturador. No hay manera de espantar esta especie de langostas humanas; armados con lentes, que hacen en ellos veces de cerebro, bordonean por el escenario en grupos de tres o cuatro, pidiendo, ora a los acusados, ora al fiscal, ora a los jueces, que se estén quietos un momento, hasta que disparan. El presidente les hace una seña con una mano, y entonces las langostas humanas, bordoneando siempre, van a apiñarse en un rincón, donde se acurrucan, aguardando pacientemente la próxima coyuntura.

Los acusados fuman. Ramsin no hace más que limpiar la ceniza del pitillo en la tapa del legajo de la acusación en la que tiene clavada la vista mientras un secretario le da lectura desde la mesa del Tribunal. El mudo, la masa de espectadores que cobija, compuesta en su mayor parte de elementos intelectuales del partido, calla también y alza las cabezas. Se ven muchos jóvenes. Cuando suena la palabra "Francia", se oyen risas. Ramsin, inmóvil, fuma. Sus compañeros comen o contemplan el auditorio. Todos tienen un excelente aspecto; diríanse, más que los reos, testigos recién rasurados. Cuatro horas tardan en leer el acta de acusación. Y la sala permanece muda cuatro horas, cuatro horas se están inmóviles los jueces, cuatro horas se están los reos mirando a la sala desde su cajón, como si atravesasen en un vehículo paisajes harto conocidos; Ramsin, entretanto, sigue fumando, embebido en su lectura.

Este profesor a quien el régimen soviético rodeó de un ambiente de confianza que movió al propio Lenin a construirle, inmediatamente de haber triunfado la Revolución, aquel instituto con que de joven, reinando el zarismo, había soñado; este técnico cuyo nombre ha borrado todas las diferencias reinantes en Rusia y ha hecho que el país de los Soviets se alce como un solo hombre contra la intervención, es, con su acusador, la cabeza más disciplinada del proceso. Una cara buída por el espíritu analítico, lisa como un edificio industrial modernista, ojos habituados a acechar puntos de intersección, manos de las que está uno seguro que eligen antes de aprehender.

El altavoz vierte monótonamente las palabras del acta de acusación por la blanca sala de fiestas. Krylenko sigue inmóvil en su sitial, los jueces, inmóviles, siguen clavando la mirada en los arcos voltaicos; la película sonora bordonea en el tomavistas. Ramsin fuma, y delante de los rojos "portiers" abombados montan la guardia unos soldados jóvenes, rígidos como las bayonetas que rematan sus fusiles. La luz se quiebra en destellos sobre los cristales de roca de las arañas. Unos periodistas salen de la sala, pisando sobre las puntas de los pies, y el salón es todo él silencio, pues todos los que se congregan aquí saben que detrás de los pensamientos de los hombres de este Estado se cierne desde hace cuatro semanas el espectro de la intervención como una señal de peligro suspendida en el éter. Cuatro horas van transcurridas ya en la lectura del acta de acusación; cuatro horas lleva desfilando la manifestación por delante del palacio en que la vista se celebra.

Hasta aquí llegan resonando los gritos, las maldiciones contra Francia. Este proceso es una pantalla en la que se proyecta a los ojos de Europa un sentimiento unánime de cuya autenticidad nadie puede dudar, por lo que tiene de nacional.

Intervención...El guardia rojo que, plantado a la puerta de la sala de sesiones, sigue el curso del proceso por lo que le transmite un altavoz, aprieta el fusil con más fuerza y ríe. Ramsin fuma. Los periodistas toman notas. La tribuna de los diplomáticos extranjeros está abarrotada. Del cielo vesperal, cubierto de nubes de color rojo tostado, cae la nieve sobre cien mil hombres, que, acabado el trabajo de la jornada, desfilan, demostrando la adhesión a su Estado.

Por la noche, conceden la palabra a Ramsin. De pie detrás de una mesa en la que se ven un micrófono y un vaso de agua, parece un profesor que hablase desde la cátedra. Abre un legajo. Este legajo, gordo como el original de una novela, es su informe de defensa. Lo lee. Todo el mundo escucha. La sala de audiencia se ha convertido en un aula de la universidad. Ramsin relata la historia de su partido, de sus trabajos, lo confiesa todo, con la dignidad del historiador que no habla ante un tribunal, sino ante un auditorio. Nadie se mueve ¿Miente Ramsin cuando dice que la intervención se preparaba con ayuda de ciertos organismos extranjeros? "Nosotros aprovechábamos nuestras posiciones para allanarles el terreno, desencadenábamos crisis económicas para hostigar la cólera del pueblo contra el régimen; hoy, rendimos las armas, vencidos por la labor de los Soviets, nos arrepentimos y lo confesamos todo".

* * *

A diez metros de Ramsin están sentados los diplomáticos y periodistas extranjeros: ¿por qué el acusado no se levanta y grita, para que le oigan, que aquella confesión le ha sido arrancada por la fuerza, que aquel proceso ha sido fraguado hábilmente por la diplomacia soviética; por qué no se aprovecha de la publicidad que le brinda la presencia de los representantes de Europa, si se siente coaccionado?

El acusado confiesa. Pero su confesión está despojada de todo patetismo; es el análisis frío y sobrio de un proyecto fracasado. Confiesa con la dignidad y meticulosidad de un hombre de ciencia, manejando categorías intelectivas. Las masas siguen desfilando por delante del edificio al grito de ¡Muera!; lo aplican a Ramsin, pero a quien en realidad quieren aludir es a la intervención. Saben que esta intervención echaría por tierra el gigantesco edificio que el pueblo está levantando a costa de privaciones increíbles y de un heroísmo inverosímil, temen por su obra, temen por la nueva generación soviética que se está formando, una generación sana y grande y fuerte; temen por sus derechos básicos, conquistados con tanto sacrificio; desean trabajar y se defenderán con los dientes y las uñas en cuanto alguien intente destruir su trabajo, su idea, con gases, aeroplanos y cañones.

Lo que a nosotros nos interesa psicológicamente, en este proceso, no es averiguar si la confesión de Ramsin fué o no espontánea, si toda la vista fué algo más que la representación de una comedia. Lo que a nosotros nos interesa es saber hasta dónde llega la disposición de este pueblo cuando se trata de defender su obra, de materializar por sí mismo sus ideas, de vivir libremente sus dificultades, de edificar por sí mismo su sociedad, de moldear autárquicamente su vida sin inyecciones extranjeras. El que haya seguido este proceso con oído atento, con oídos que percibían algo más que el ruido forense; el que haya viajado por los Soviets durante estos últimos meses, sin aislarse entre las cuatro paredes de un hotel de turistas; el que haya estado en el campo viendo trabajar a la nueva generación; el que conozca de cerca el Ejército rojo; quien haya vivido en los clubs y no en el Gran Hotel de Moscú precisamente; quien haya visto con sus propios ojos los defectos y las faltas; el que haya vivido en las nuevas sociedades socialistas; el que no confunda el confort con el sentido de la vida y no mida el sentido de la vida y el impulso de vida de un hombre o de un pueblo por sus comodidades, sino por su trabajo, ese, si tiene ojos en la cara, tiene que ver que aquí se debaten sustancias humanas "sujetas a un proceso de materialización" que sería un crimen contener o interrumpir; un crimen contra la vida germinal de una época histórica nueva en el mundo. Hay algo que patentiza este oscuro proceso en que Europa no para su atención con la seriedad debida, y es que el pueblo ruso está animado de un sentimiento nacional revolucionario que le hace alzarse como un solo hombre contra la mera idea de intervención. No lo deduzco solamente de lo que vi en Moscú, sino de lo que me reveló el campo, de lo que me revelaron las masas ukranianas, tan grandes y potentes hoy, que sería imposible retrotraerlas a los tiempos de las aldeas potemkinianas, a menos de convertir en una aldea potemkiniana todo el vasto territorio ruso.

Era ya entrada la noche cuando abandoné la Casa de los Sindicatos. Las masas seguían desfilando por delante del edificio, cantando y gritando mueras. Fija en el recuerdo la figura de Ramsin—a cuyas confesiones se resiste a dar crédito Europa—, recorrí las pétreas calles durante dos horas, confundido con las masas, bailé con las muchachas, canté sus canciones, acudí a sus clubs, las vi trabajar en las fábricas, estudié el Ejército rojo. Por grandes que sean las dudas que pueda suscitar este proceso, hay algo perfectamente indudable, y es que las arañas del antiguo Palacio de la Nobleza no volverán jamás a recrearse vertiendo su luz discreta sobre aquellas personillas que hace unos quince años levantaban las delicadas y frágiles manos de sus damas a los acordes de un vals. ¡Todo eso se acabó. ¡Adiós París!

EL PRIMER DIA

Presidente. — Da comienzo la vista del proceso incoado contra la organización contrarrevolucionaria denominada "Asociación de las organizaciones de ingenieros", conocida también con el nombre de "Partido de la Industria". Los procesados son los ciudadanos Ramsin, Kalinnikow, Laritschew, Tscharnowsky, Fedotow, Kuprijanow, Otschkin y Sitnin, acusados de los delitos definidos en el artículo 58, párrafos 3, 4 y 6 del Código penal.

El Tribunal está compuesto por el presidente, A. J. Wischinsky; los vocales, W. P. Antonow-Saratowsky (miembro del Tribunal Supremo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), W. L. Lwow (obrero de la fábrica de automóviles A. M. O.) y el vocal suplente P. A. Iwanow (obrero de las fábricas rojas Putilow). La acusación está representada por el fiscal, compañero N. W. Krylenko, auxiliado por el compañero Friedberg.

—¿Tienen los acusados algo que objetar contra la composición del Tribunal?

Los acusados. — No.

Presidente. — Conforme al artículo 277 del Código penal, cada uno de los acusados tiene derecho a dirigir a los demás y a los testigos en el curso de todo el proceso, preguntas relacionadas con el mismo. Puede igualmente aportar, en cualquier momento de la vista, aquellas aclaraciones que juzgue pertinentes sobre la cuestión en su totalidad o sobre detalles aislados. De estos derechos pueden los acusados hacer uso directamente por sí mismos o por medio de sus defensores.

Leída el acta de acusación, el fiscal propuso oír a los acusados antes de proceder a su interrogatorio y al de los testigos. Las defensas otorgaron su conformidad.

Presidente. — Acusado Ramsin, acaba usted de oír el pliego de cargos. ¿Se declara usted culpable de los actos en que se basa el acta de acusación?

El jefe de los conjurados

Ramsin. — Reconozco sin restricción alguna mi culpa. No voy a intentar defenderme ni justificarme aquí, ante el Tribunal Supremo y ante el país entero. ¿Tiene acaso defensa el crimen atroz que he cometido? Sólo una plena sinceridad en mis declaraciones, la confesión franca y honrada de mi delito, puede ya mitigar mi culpa. Y así, en este acto, ante el Tribunal Supremo, ante mis conciudadanos y el proletariado del mundo todo, quiero decir la verdad, toda la verdad, sin la menor reserva; hacer constar mi arrepentimiento sincero, romper decididamente con los círculos antisoviéticos de la U. R. S. S. y del Extranjero, rendir definitivamente mis armas y renunciar para siempre a la lucha contra el Poder soviético.

Quisiera que este proceso contra el Partido de la Industria cerrara también para siempre el oscuro y ominoso pasado de la inteligencia toda como casta privilegiada y aislada y que todos los ingenieros se agregaran, como un solo hombre, al proletariado, a ese proletariado que forja heroicamente el socialismo, y borrasen con labor abnegada y fidelísima la afrentosa mancha dejada por el sabotaje y la traición del Partido de la Industria.

Cómo nació el C. de Ingenieros

El Centro de Ingenieros nació a finales de 1925 o principios del 26. Por esta época, la mayoría de los ingenieros procedentes de la época anterior a la guerra eran hombres que habían estado al servicio de entidades o particulares capitalistas y conservaban aún vivo en su memoria el recuerdo de su posición anterior. Este núcleo de ingenieros gozaba de máxima autoridad e influencia en los círculos profesionales; llevaba, por conducto de la Asociación de Ingenieros de la U. R. S. S. y del Club de los Ingenieros de Minas, y con ayuda de sus relaciones oficiales y particulares, la dirección espiritual de la colectividad y creía constituir, con los ingenieros todos, una casta especial con particulares intereses de clase y una peculiarísima ideología de clase. Después de la Revolución de Octubre, estos intereses de clase de los ingenieros resultaron amenazados por el empeoramiento de la situación material de los ingenieros principales, por la pérdida de los puestos predominantes que ocupaba en la Industria, por la natural desconfianza que inspiraba al Poder de los Soviets y por el control ejercido sobre su labor por el Partido y las organizaciones públicas. Al mismo tiempo las opiniones y las convicciones de estos ingenieros, antiguos ya en la profesión, oscilaban entre las de los cadetes y las de los monárquicos, siéndoles así totalmente ajenas las del Partido Comunista. En las filas de estos antiguos ingenieros reinaba, firme y precisa, la convicción de que la única base posible para el desarrollo ordenado y seguro de las energías productoras de la nación era una Constitución capitalista.

En 1927 reinaba en los círculos de ingenieros la creencia en una próxima intervención y en el próximo aniquilamiento del Poder soviético, apoyada por las informaciones que los ingenieros antiguos recibían de sus antiguos patronos, o sea de los círculos blancos del Extranjero. El enlace con los antiguos propietarios consistió al principio en el envío de fondos por parte de los antiguos industriales, los cuales solían hacer constar, al realizar tales envíos, que los ingenieros y empleados a quienes iban destinados no contraían, aceptándolos, compromiso alguno con los remitentes. Como era de esperar, estas relaciones no tardaron en extenderse y hacerse más íntimas. Para corresponder a esta ayuda material, los ingenieros empezaron a prestar servicios particulares a los blancos y a los antiguos industriales. Al principio tales servicios consistieron principalmente en la salvaguardia de las empresas de los antiguos propietarios: en la protección y el mejoramiento de las empresas en beneficio de sus antiguos propietarios.

Con este fin se marcaron determinadas directivas; por ejemplo: ocultación de los yacimientos mineros más valiosos, ejecución de reparaciones innecesarias y costosas, compra de nuevas instalaciones, ampliación de las empresas, etc. En una palabra, el fin principal y el objeto de estas directivas era salvaguardar en lo posible las antiguas empresas e incluso mejorarlas y ampliarlas a costa del gobierno de los Soviets. Es evidente que tales directivas habían de conducir inevitablemente a actos individuales de sabotaje. Por aquella época, los emigrados blancos se consideraban aún propietarios de sus antiguas empresas y proporcionaban sobre ellas indicaciones detalladas y precisas.

A partir de 1927, fecha en que se inició resueltamente la reconstrucción de la economía nacional en su totalidad, la actitud de los ingenieros y los grupos blancos cambió de un modo decisivo. La agudización de la lucha de clases, consecuencia de la ofensiva socialista contra los elementos burgueses de la ciudad y del campo, espoleó también el combate activo contra el Poder de los Soviets. Otro factor de signo idéntico fué la iniciación afortunada del Plan quinquenal. Desde este momento comenzaron a llegar, claras e inequívocas, informaciones sobre la preparación de una intervención y sobre la fecha en que habría de desarrollarse. Estas informaciones dieron origen a una nueva consideración que facilitó extraordinariamente el alistamiento en las filas del Partido de la Industria, y fué que los ingenieros que participaban en la labor reconstructora del Gobierno de los Soviets pensaron en crearse, para el caso de una subversión contrarrevolucionaria, una garantía contra posibles represalias. Por último, las luchas internas del Partido y la aguda crítica de la política del Gobierno soviético por parte de la oposición derechista intensificaron la convicción de la necesidad de una lucha activa contra el Gobierno.

El prologuista del libro de Gabor, dice: admira el heroísmo del pueblo ruso en la defensa de su obra.


Beneficencia